

bierno de las sociedades y la direccion práctica de los negocios públicos, es evidentísimo que debe ser ante todo católica, es decir conforme á las leyes de Dios y á los preceptos de su Iglesia. Y tambien es evidente que el primer deber de un católico que, por cualquier concepto, se ocupe de política, es el de ser católico en esto como en las demás cosas. ¿Ante la soberana voluntad de Dios seria acaso permitido permanecer indiferente?

La luz católica todo lo ilumina; como la del astro del dia penetra en todas partes, y así como la del sol constituye el dia, la de la fé, ó en otros términos, la enseñanza de la Santa Sede, es la única capaz de librar al mundo de las tinieblas, no tan solo en lo que concierne directamente á la Religion, sino tambien en lo relativo al gobierno de los pueblos, direccion de las sociedades, derechos y deberes de todos y cada uno de nosotros, educacion de la juventud, en una palabra, todas las cosas que interesan directa ó indirectamente al órden moral y al reino de Dios en la tierra.

Hé aquí porqué, en conciencia, no se puede ser liberal en política; he aquí porque la distincion, en apariencia ingeniosa, de católi-

co en religion y liberal en política, en el fondo no es mas que una quimera y un engaño. Y en fin, hé aquí porqué, apesar del catolicismo de este liberalismo, el liberalismo de este catolicismo es, como ha dicho y repetido el Papa, una peste perniciosísima (1).

### XIII.

«Y no obstante ¿no es sumamente imprudente mezclar así á cualquier pretexto, la Religion con la política? Los sacerdotes verdaderamente prudentes no se ocupan jamás en política.»

Los sacerdotes verdaderamente prudentes, como los católicos verdaderamente católicos, «mezclan» la Religion en todo, no á fin de embrollarlo todo, sino á fin de hacer reinar á Dios en todas partes y siempre. La prudencia consiste en hacer lo que se debe y no hacer lo que no es debido; y la prudencia liberal que cree que se compromete á Dios procurando

(1) Perniciosissimam pestem. (Breve Apostólico del 15 enero de 1872 al Ilmo. Gaume.) Liberalismi pestis perniciosissima (Breve del 26 de febrero del mismo año, á los Redactores de la *Correspondencia de Ginebra*).

darle á conocer, servir y amar, es diametralmente opuesta á la verdadera prudencia, á la prudencia de la Iglesia, á la prudencia de Jesucristo y de su Vicario.

Volved á leer el Breve á los católicos alemanes, y por él veréis cuán necesaria les es la prudencia, al par del valor, para luchar contra su astuto y temible perseguidor. Pues bien, así es como el soberano Pontífice entiende las cosas; estas son las reglas prácticas que dá á los católicos, en oposicion á las *prudentes* direcciones de la prudencia liberal.

El liberalismo moderno, «aceptado por algunos católicos,» pretende que la Religion no debe salir de la sacristía, ni traspasar los límites de la piedad privada. — El Papa declara que los católicos no pueden defender eficazmente sus derechos y libertades sino tomando una parte activa en todos los negocios públicos, á fin de hacer prevalecer en todas partes los principios y la influencia saludables de la Iglesia; en el dominio de la vida pública, así como en el de la privada, el ciudadano y el cristiano no deben formar mas que uno solo.

El liberalismo tiende siempre á subordinar los derechos de la Iglesia, á los derechos del

Estado, por medida de prudencia y altas consideraciones. — El Papa proclama una vez mas que el derecho de la Iglesia es un derecho absolutamente soberano, un derecho divino, que no está subordinado en la tierra á nadie ni á nada. Y deplora la aberracion de ciertos católicos (los católico-liberales) que creen poder hacer, sobre el particular, algunas concesiones al poder secular. En todo lo que se refiere, directa ó indirectamente, al dominio de Dios en la tierra, toda criatura humana está sometida á la Iglesia: emperadores, reyes, príncipes, gobiernos, asambleas, ministros, diputados, magistrados, gobernadores, alcaldes, etc.; y esto no tan solo como personas privadas, sino tambien y sobre todo como funcionarios, como personas públicas.

El liberalismo pretende que las Asociaciones católicas son peligrosas y que, léjos de servir á la Religion, la comprometen. — El Papa, por el contrario, bendice y anima á las Asociaciones y Círculos católicos. A la coalicion de los hijos de las tinieblas, declara que es necesario oponer la asociacion de los hijos de la luz.

El liberalismo pretende que el clero está tan solo llamado á defender la doctrina, los de-

rechos y las libertades de la Iglesia. — El Papa, repitiendo las enseñanzas de su Encíclica de 1853 á los Prelados franceses, declara que el pueblo católico puede y debe levantarse como un solo hombre para reivindicar, por todos los medios legítimos, los derechos sagrados de la Iglesia y de sus ministros; únicamente el pueblo católico, fuerte en su derecho, puede resistir á la tempestad universal.

El liberalismo pretende algunas veces tambien que, los seglares no tienen la mision de defender la Religion. — El Papa enseña que defendiendo la doctrina y los derechos de la Iglesia, aquellos, lejos de excederse de sus deberes, cumplen con un deber filial, desde el momento que combaten bajo la direccion del clero. Y por clero no debe entenderse á tal ó tal Obispo, ó á tales ó tales sacerdotes, sino el Papa y el Episcopado; son los Obispos que obedecen al Papa, y los sacerdotes que obedecen al Papa y á los Obispos.

Hé aquí las reglas de la verdadera prudencia; las reglas de la verdadera y legítima habilidad. Fuera de esto, no quedan mas que las ilusiones de la política humana, que pierden á los pueblos y á los gobiernos.

XIV.

¿Con qué ya no se podrá admitir aquella célebre fórmula convertida en proverbio: *La Iglesia libre en el Estado libre?*

No ciertamente: ese es otro de los muchos errores que el liberalismo ha estendido por toda la redondez de la tierra.

Examinémosle con detenimiento y veamos lo que entraña esta divisa en apariencia tan inofensiva y hasta caballerosa. ¡La Iglesia libre en el Estado libre!

Analícemos antes el *Estado libre* para averiguar donde ha de florecer la *Iglesia libre*. ¿Qué es el estado?...

*Soy yo*, responde César. *Soy yo*, contesta la gerarquía gubernamental de cualquier naturaleza que sea: imperial, real, constitucional, republicana. *Soy yo*, vocifera el pueblo soberano. *Soy yo*, grita cada uno de los individuos soberanos, cuya agregacion constituye la famosa soberanía del pueblo.

Hé aquí *el Estado* que pretende ser libre. ¿Os parece inofensivo? ¿Os parece caballeroso?

¡El Estado libre! ¿En qué consiste esa libertad que el patriotismo liberal sueña para el Estado? El Estado sería libre, se sentiría verdaderamente libre si desaparecía la obligación, el deber en que está de sujetarse á la Iglesia, de respetar la autoridad de la Iglesia, de obedecer á la Iglesia, de escucharla, de atenderla, de practicar la dirección trazada por la Iglesia. En una palabra, el Estado se sentiría y declararía libre, si la Iglesia quisiera consentir en no llamarse ya su madre y le permitiese renunciar para siempre á su título de hijo y á los deberes que del mismo se originan (1). Pero esta situación del Estado sería la de una sociedad sin Dios, ¡la de la autoridad sin Dios! ó en otros términos la omnipotencia pagana del Estado, el despotismo sin freno. ¡A la verdad es una hermosa perspectiva!

¡El Estado libre! Es bien sabido que este orgulloso Estado tropieza con la ley de Dios y con la Iglesia á cada paso; que la Iglesia, que

(1) Nos referimos á las naciones cristianas. En la cuestión del catolicismo liberal siempre hacemos referencia á las mismas. Son cuestiones de familia. Es menester tener muy presente este punto de vista sobrado importante y que algunas veces se olvida.

representa á Dios en la tierra, rodea, envuelve por todas partes al Estado, es decir, á la autoridad humana. Persiguiendo á los vicios, engendrando toda suerte de virtudes, enseñando á los pueblos el respeto á la autoridad y la obediencia á todo lo que es justo, la Iglesia colma al Estado de inapreciables beneficios; y en cambio de ellos, el Estado, tal cual lo sueñan los liberales, los católico-liberales, debe tener el derecho de decir á la Iglesia: Soy libre, libre de tu yugo, de tus leyes, de tus enseñanzas, de tus influencias; de hoy mas no será tu voluntad sino la mía la que me servirá de guía, atenderé á mis principios y no á los tuyos.

Por consiguiente el Estado de los liberales es libre dentro la Iglesia en el momento en que está fuera de ella. La obscuridad de la divisa empieza á aclararse terriblemente.

Pasemos ahora á la *Iglesia libre*. ¿Qué es la Iglesia? La Iglesia es el Papa, es el obispo, es el sacerdote, es el fiel, el concurso de todos los fieles.

¡La Iglesia libre! El Estado libre de nuestros católico-liberales, ¿qué libertad promete á esta Iglesia?

Al Papa la libertad de arreglarse como pue-

da para proteger sus derechos temporales y espirituales con la condicion de respetar cuanto será del agrado del Estado libre, sus derechos, sus libertades, sus leyes y hasta sus aspiraciones. Con esta condicion el Papa podrá expedir bulas, definir dogmas, lanzar excomuniones y el Estado libre no se ocupará de esas bulas, de esas definiciones y de esas excomuniones y se guardará muy bien de invitar á nadie á que se ocupe de ellas. El Papa será libre.

El Estado libre promete al Obispo que tendrá la libertad de predicar el Evangelio, es decir el Evangelio conforme lo entiende el Estado libre, la libertad de dirigir pastorales piadosas á sus feligreses, la libertad de visitar los pueblos de su diócesis, de administrar la confirmacion, de consagrar y de alimentar á los sacerdotes, de erigir iglesias, etc. por supuesto á sus espensas y con la condicion precisa de no turbar la paz de las conciencias. El Estado libre se guardará muy bien, por considerarlo un ultraje á la libertad del Obispo, de añadir lo mas mínimo á la eficacia nativa de la palabra evangélica y del carácter episcopal, ó lo que es lo mismo, no dará un céntimo ni le prestará públicamente el menor homenaje. Así es como serán libres los Obispos.

El Estado libre asegura al sacerdote la libertad de celebrar la misa y de recitar el oficio, la libertad de bautizar, de confesar, de comulgar, de unir en matrimonio, de consolar al moribundo y de enterrar á todo ciudadano que anticipadamente así lo haya dispuesto. El sacerdote vivirá como Dios le dé á entender y sobre todo cuidará de no inspirar celos al alcalde y al maestro del lugar que son los agentes del Estado libre. El Estado conservará estas libertades al sacerdote mientras no se estralimite de las relatadas funciones espirituales, y para apreciarlo se entiende que el Estado se reserva el derecho. El sacerdote será pues libre en el Estado libre.

A cada fiel en particular, al pueblo fiel en general, el Estado libre promete todas las libertades que se relacionan con las del Papa, del Obispo y del Sacerdote. Será libre de creer en las enseñanzas del Papa y temer ó no sus excomuniones. Cada uno gozará de la libertad de hacerse confirmar, de obedecer al Obispo, en cuanto no contrarie al gobernador, de contribuir con su bolsillo á la ereccion de iglesias y acaso tambien de las escuelas; de profesar la fé, de orar, de confesarse, de ir á

misa, de comulgar, de hacer bendecir su entierro por un sacerdote; siempre libre, con el bien entendido que en todo esto no lastimare las mas delicadas fibras de la susceptibilidad del Estado sin Dios ó sea del Estado libre. Por otra parte cada ciudadano del Estado libre estará autorizado para negar la existencia de Dios pública ó particularmente, en los libros, en los diarios, en los clubs, en las escuelas, donde quiera que le acomode; podrá blasfemar de Jesucristo y de su Iglesia, de su Vicario, de su santa Madre, de los sacramentos, y de las leyes é instituciones cristianas. En medio de todo esto, el fiel seguirá gozando de libertad y la Iglesia permanecerá siendo libre en el Estado libre.

Por de pronto me parece que todo esto es claro é innegable: pero decidme, amigos míos, ¿debemos desearlo, considerarlo bueno y facilitarlo? No os haré la injuria de añadir: ¿Es cristiano? ¿Es católico? Y sin embargo esto es lo que el aturdimiento ó ceguera del catolicismo liberal nos propone como un bello ideal. Pero no es esto todo. «¿Qué significa la Iglesia libre en el Estado libre?»

¿Por ventura la Iglesia está dentro del Estado?

La Iglesia es universal; abraza el universo entero, todos los pueblos, todos los Estados, todos los siglos.

El Estado, por el contrario, precisamente es limitado; se llama Francia, Inglaterra, Austria, Rusia, etc. Solo hay una Iglesia para todos, de la misma suerte que solo hay un Dios; para nada se cuenta con los Estados que nacen, se engrandecen, trasforman y se hunden. La Iglesia no puede estar dentro del Estado como el todo no cabe dentro de la parte. ¿Qué significa, pues, esta tan célebre fórmula del liberalismo?

Si descorremos el velo, el Estado libre se encargará de revelarnos el fondo de su pensamiento que se encierra en estas cortas líneas. «Demasiado tiempo ha vivido el Estado dentro de la Iglesia: en 1789 consiguió emanciparse y hoy respira y está libre de su jurisdicción. Hora es ya de que la Iglesia de grado ó por fuerza entre á su vez dentro del Estado y que se arregle como pueda. El Estado, quiera, ó no quiera, la circunvalará, la limitará, la cercará, será su tutor y su guia; y las leyes, los principios, las instituciones y hasta los caprichos del Estado, formarán de hoy mas

la valla dentro de la cual la Iglesia conservará la libertad de moverse. Si tiene el poco tino de empeñarse en saltar esta valla, entienda que se estrellará contra ella.»

Segun esto, juzgad, mis queridos amigos, juzgad con vuestro buen sentido, con vuestra fé indignada, á que se reducen las aspiraciones liberales por poco que se las someta á un sério exámen. Al parecer solo se trata de libertades: libertades para la Iglesia, libertades para el Estado, pero ¿ en qué se convierten estas al fin y al cabo, ó mejor, en qué se convertirian si llegára á realizarse tan loco propósito? En deshonrosa esclavitud, en sistemática persecucion para la Iglesia que se negaria impávida á sacrificar los derechos que solo de Dios ha ræibido y que el Estado trataría de usurpar para ejercer con ellos un despotismo impío y feroz. El Estado libre, el Estado del liberalismo, seria el enemigo mortal de la Iglesia...

Ahí teneis en toda su desnudez el verdadero valor y significacion de esta célebre fórmula que ha fascinado tan crecido número de inteligencias distinguidas y de corazones generosos! Estraviados por el liberalismo, aclamaban

precisamente lo contrario de lo que deseaban, llegando su ceguera hasta el punto de lisonjearse con que construian el arca santa, que debia salvar infaliblemente el mundo moderno, empleando esta madera de deshecho y carcomida.

¡ Pobres católicos liberales! Ellos son los que inadvertidamente han entregado á nuestros mas pérfidos enemigos las armas con las cuales nos atacan hoy dia. En Italia, en Roma, en España, en Ginebra, en Berna, en Prusia la pretension de los Estados libres, es la de la realizacion de la fórmula católico-liberal: *La Iglesia libre en el Estado libre*. Despues de haber apurado los medios morales, apelan á la fuerza bruta, y sin embargo esta conducta bien manifiesta no abre los ojos á los católico-liberales de Francia, de Bélgica, etc.!

Espero que vosotros, mis queridos amigos, no seréis tan míopes que os dejeis engañar por falsas apariencias cayendo en el lazo tendido por tan bellas fórmulas, y por cuyo medio el demonio atrae y pierde á los que pecan de imprudentes. El Estado no gozará jamás de libertad, de verdadera libertad como no adopte por primera regla de conducta un profundo

respeto á la voluntad de Dios y á sus mandatos, conforme se los enseña y presenta la Santa Iglesia. Proponiendo lo contrario los católico-liberales no saben lo que dicen.

XV.

«Sea, se nos replicará quizás; pero yo no soy de esos liberales á quienes condena el Santo Padre. En verdad no comprendo bien lo que quiere decir; y por mi parte no conozco á esa clase de católico-liberales. Todos los que yo conozco, y á quienes se quiere llamar *liberales*, son personas muy razonables que no se separan del terreno de la política, en donde nada tiene que hacer la Religion; todas sus aspiraciones se limitan á reclamar para el pais las libertades públicas, sin las cuales, abrigan la íntima convicción, de que no puede haber verdadera libertad para la Iglesia.»

Ilusiones y hermosas palabras; nada mas. Si sois católico y si, además, sois liberal, entonces sois católico-liberal; y si sois católico-liberal, vos sois de esos católico-liberales á quienes condena el Jefe de la Iglesia. El Papa ha dicho expresamente y varias veces, que en-

tiende hablar de vosotros, de vosotros católico-liberales piadosos y no de los liberales impíos. Volved á leer los Breves.

Decís que no comprendéis lo que quiere decir el Papa! ¿Y cómo es que todo el mundo lo entiende excepto vosotros? ¿Es posible que no conozcais á esa especie de católico-liberales cuyos procederes y doctrinas no cesa de reprobar el Sumo Pontífice? ¿Cómo es que los demás los conocen? Católicos y protestantes, buenos y malos, todo el mundo pone inmediatamente el dedo sobre las personas, los periódicos, las revistas etc. Los católico-liberales de los Breves son precisamente esos católico-liberales que pretenden ahora que no se trata de ellos; que hasta estos últimos tiempos llevaban con orgullo este nombre, y seguían á los jefes eclesiásticos y políticos que todos conocemos. Dígase lo que se quiera: no hay dos especies de católico-liberales; solo hay una y esta es mala.

Comienzan ahora á repudiar el nombre de liberales. Ya es algo: es el sentido católico que empieza á dominar el contrasentido liberal. Pero no se trata tan solo del nombre; el fondo es lo que sobre todo debe rechazarse;



el fondo, es decir las ideas falsas, «el virus oculto de los principios liberales (1),» ese «gérmen de los errores que conservan y alimentan obstinadamente (2),» y que no es mas que esa falsa concepcion, esa concepcion anticatólica de la noción de *la libertad* y de la noción de *la autoridad*, como así lo recordamos anteriormente. Lo que debe repudiarse, lo que es preciso rechazar, es ese proceder puramente humano, fuera del orden natural, anticatólico, de juzgar así de las doctrinas, como de las personas y las cosas; es el espíritu de partido, es la terquedad, en una palabra, es todo lo que hemos denunciado en este breve opúsculo.

Se llaman «razonables» en oposicion á nosotros, católicos á secas, que vemos siempre el Papa el primero, y que segun ellos somos unos exagerados, unos ultramontanos, que perdemos la Iglesia y la Francia. «¡Razonables!» Razonadores deberian mas bien decir. La verdadera razon es inseparable de la verdadera fé, de la verdadera fidelidad católica. Los católico-liberales no tienen mas que la prudencia humana á su dis-

(1) Breve de Quimper.

(2) Breve de Orleans.

posicion; y es por esto porque pierden todas las buenas causas, ya sean religiosas, ya políticas.

Como dijimos antes, tienen la pretension de poner de un lado la Iglesia y la Religion, y de otro la sociedad y la política. Profundizad un poco el sistema, y lógica y fatalmente llegaréis en un instante á esos principios revolucionarios extremos, que ellos son los primeros en reprobar. No nos cansaremos de repetirlo: como todas las cosas terrenales, la política debe ser católica, es decir, conforme á la ley de Dios y debe estar sometida á su voluntad tan santa como soberana; y el Papa, y los Obispos, y los sacerdotes, y despues de ellos todos los cristianos, tienen el derecho y el deber, de recordar á los gobiernos que se apartan de los grandes principios cristianos, la necesidad, la obligacion de cumplir con el primero de sus deberes.

Se limitan, dicen en fin, á reclamar para el país las libertades públicas, indispensables, segun ellos, á la verdadera libertad de la Iglesia. Pues, precisamente son esas «libertades públicas», ídolos del liberalismo, las que la Santa Sede declara oficialmente ser los enemigos mortales de la Iglesia, de la fé y de la

sociedad. Esas famosas « libertades públicas » ¿qué son en efecto, sino las libertades revolucionarias del 89, es decir la libertad de imprimirlo todo, la libertad de poder decirlo todo, la libertad de la herejía y del libre pensamiento, la libertad de las sociedades secretas y de los clubs, la supresion legal de la autoridad de la Iglesia, así como de la verdadera autoridad civil? Nuestros liberales son liberales, precisamente porque reclaman y aclaman, como otros tantos principios de vida, todos estos principios de muerte. La Iglesia condena y rechaza estos principios: ellos los admiten, y olvidando las reglas mas elementales de su fé, imaginan que la Iglesia está en un error y que ellos son mas perspicaces que ella. Sus intenciones son buenas: he aquí todo lo que se puede decir en su favor. Pero sabe Dios el mal que causan, sobre todo los eclesiásticos, con su amalgama de ideas falsas!

Las verdaderas, las únicas verdaderas y buenas libertades públicas, son las libertades cristianas. Estas, la Iglesia es la primera, ó por mejor decir la única en reclamarlas y en combatir por ellas. Estas libertades son la de la verdad y del derecho: es la libertad de la

familia y de la sociedad cristiana, es la libertad del ejercicio legítimo de la autoridad religiosa, civil y doméstica; es en una palabra, la libertad de todo lo que es bueno y útil.

## XVI.

¿Cómo es, pues, que hombres de mérito y de saber, verdaderos cristianos, y sobre todo que eclesiásticos y teólogos hayan podido ser católico-liberales?

Porque es sabido que hasta las inteligencias mas privilegiadas son susceptibles de engaño, sobre todo cuando les ciega la pasión, como lo prueba el gran Bossuet con el galicanismo y el mismo Fénelon con su quietismo; y como el liberalismo es hoy la cuestión candente que preocupa á los hombres pensadores, no tiene nada de particular un extravío provocado por el ímpetu de la pasión.

Facilmente se concibe que distinguidos talentos y corazones generosos, dominados por su amor á la libertad, hayan podido confundir la verdadera con la falsa y aclamar el liberalismo, creyendo aclamar la libertad. En este caso se hallan el P. Lacordaire y M. de Mon-

talembert cuyos gloriosos nombres se invocan aun frecuentemente como argumentos sin réplica en favor del liberalismo. ¿Quién dejará de rendir homenaje á sus intenciones y á su talento? Pero no porque respetemos y honremos las personas, debemos sacrificar nunca los principios. Siendo católico-liberales se engañan, y está dicho todo.

Además, pensándolo bien, porque un hombre virtuoso y esclarecido se haya engañado sobre este particular, no es esto una razón para que despreciemos sus bellas cualidades. Cuando se nos presenta un hermoso fruto pero algo deteriorado, separamos la parte podrida y nos guardamos lo demás.

Otro tanto hay que hacer con esos varones eminentes ya sean eclesiásticos ó seculares que se han contagiado con los errores liberales: admiremos, alabemos é imitemos cuanto hay de bueno y de católico en sus obras, pero rechazemos con energía todo lo que respira liberalismo y heterodoxia. Así nos colocaremos en terreno firme y otorgaremos á cada uno su merecido.

Precisamente en vista del peligro que inspiran á las gentes honradas las cualidades, el

talento y hasta las virtudes privadas de los jefes del partido católico-liberal, es porque el Santo Padre habló en su célebre Breve al *Comité* católico de Orleans. Fijense bien en ello mis jóvenes lectores.

El « grupo amigo » de que habla el Soberano Pontífice no es otro que el estado mayor del partido católico-liberal. Para nosotros, son quizás mas peligrosos, que los impíos, nos dice el Papa: porque así como desconfiamos naturalmente de estos, no sospechamos nada malo de unos hombres inteligentes y de otra parte mas ó menos piadosos, y que profesan en alta voz su adhesión á la causa de la Iglesia.

Es un grupo; pero están unidos, tienen diarios y órganos conocidos. Como partido propiamente dicho, son poco numerosos; pero su influencia se extiende á muy léjos.

Es « un grupo *amigo* »: amigo y enemigo á la vez; amigo, mientras son católicos, enemigo mientras son liberales, es decir mientras admiten el error, hacen oposición á la Santa Sede y dividen profundamente las fuerzas católicas. El Papa repite á este propósito, lo que tantas veces ha dicho, á saber: que á sus ojos este peligro es el mas grave de cuantos amenazan hoy dia la sociedad católica.

Su doctrina es « equívoca »: encierra principios verdaderos y falsos, el bien y el mal. Aceptan los principios revolucionarios de 1789, aunque profesan un horror invencible á las consecuencias extremas de aquellos principios. Proceden como aquel famoso argumentista que en una disertación filosófica, dijo gravemente: « Acepto el principio; pero niego las consecuencias. » En vano fué que se le dijera que las consecuencias emanaban inevitablemente del principio: « No importa; acepto el principio; pero niego las consecuencias. » Nuestros católicos liberales, dice el Santo Padre, « al par que rechazan las consecuencias extremas de los errores, conservan y alimentan obstinadamente el primer gérmen. » Es la parte dañada de la hermosa fruta.

¿Y cómo es que obtengan tanta popularidad entre las gentes? Esto es debido á que « no queriendo abrazar la verdad por entero, ni atreviéndose tampoco á rechazarla por completo », adulan á sabiendas ó ignorándolo, los errores del día, ó las preocupaciones que están en moda, conservando así cierta imparcialidad que no llega á asustar á los católicos y bastante independencia para ser bien quistos

de los mundanos, de los gobiernos y hasta de los mismos protestantes y libre pensadores. Liberales, son osados; católicos, son prudentes. De ahí la popularidad que los jefes del partido gozan entre las gentes poco reflexivas, es decir el mayor número.

Interpretan á su modo, pero no como lo hace la Santa Sede, los preceptos de la Iglesia, las Encíclicas, el *Syllabus*, los Breves Apostólicos, los decretos del Concilio; y así disfrazada, la verdad católica se asemeja en cierto modo al error liberal, al error que no cesan de acariciar. Ahí teneis, repito, el porqué de su triunfo entre el comun de las gentes. Los jefes han llegado, sin poder imaginarlo, á trocar enteramente los papeles: en vez de procurar modestamente la consonancia de sus propios sentimientos con las enseñanzas de la Iglesia, quieren de grado ó por fuerza, sujetar las enseñanzas de la Iglesia, á sus ideas personales: « Se esfuerzan, dice el Vicario de JESUCRISTO, á interpretar las enseñanzas de la Iglesia de modo que concuerden á corta diferencia, con sus propios sentimientos; » y olvidan que la Iglesia es infalible, y no ellos.

En el fondo de todo esto, vése una gran dosis de orgullo y obstinacion. « Todavía al presente », añade el Santo Padre, hoy todavía, es decir despues del *Syllabus*, despues del Concilio, despues de las advertencias reiteradas de la Santa Sede, hay personas que aceptan las verdades recientemente definidas *para evitar la nota de cismáticos*, mas bien que por verdadera sumision, por sumision al acuerdo supremo. ¿Y es esto espíritu católico? ¿Acaso Dios no vé ante todo el corazon?

En fin, en este Breve memorable, el Papa recuerda por dos veces que la firmeza de la fé descansa unicamente en « la adhesion *perfecta* al espíritu y á las doctrinas de la Cátèdra de Pedro, » porque solo en ella se halla la infalibilidad de la enseñanza. A esta obediencia plena y entera á la Santa Sede, debe añadirse indudablemente la deferencia y respeto debidos al Obispo; pero este respeto y deferencia deben dejar intacto el primero de todos nuestros deberes, á saber: la sumision al Papa, á su autoridad suprema, á todas sus enseñanzas y á todas sus dirècciones. — Tan solo así seremos fuertes. Siempre debemos al Obispo el respeto, la deferencia, « *obsequentes* »; pero

solo debemos seguirle, mientras él mismo siga á Pedro, el único Jefe de la Iglesia, el único soberano Pastor, el solo Doctor infalible. Por esto decimos aquí: « *obsequentes* y no *sequentes*. »

Seamos pues, mis buenos amigos, enteramente católicos; no nos dejemos arrastrar por las simpatías ó por decirlo mejor, por las preocupaciones que estén en boga. Y nosotros tambien repitamos las palabras de obediencia y amor que salieron del corazon y de los labios de los doscientos obispos reunidos en Roma en 1867 con motivo de las fiestas del centenario de san Pedro. « *Petrus solus loquatur: ¡ Petrum solum sequamur!* »

Esta es la sola regla segura; la única infalible.

## XVII.

« Pero los católico-liberales, como los demás, son hijos de la Iglesia, quieren y buscan la verdad. ¿Acaso no somos injustos con ellos? »

No por cierto, no somos injustos con ellos, sino justos y muy justos. Así como tenemos